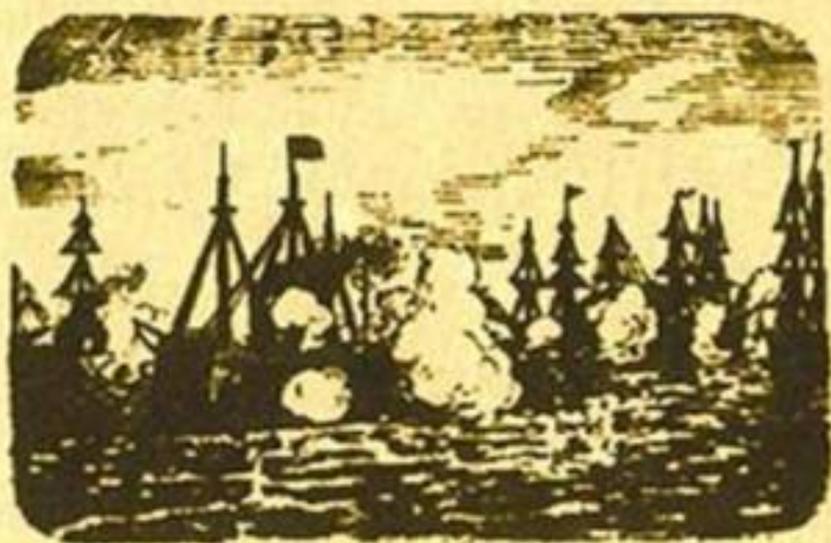


Ramón J. Sender

Mister Witt en el Cantón

novela



Así como la trilogía «Crónica del alba» constituye la más elevada cota de la obra narrativa de Ramón J. Sender durante su largo exilio, «Mr. Witt en el Cantón» —Premio Nacional de Literatura en 1935— muestra la madurez que había alcanzado el novelista aragonés con anterioridad al desencadenamiento de la guerra civil. El protagonista del relato, que tiene como escenario histórico la Cartagena insurreccional de los últimos meses de la Primera República, es un ingeniero inglés empleado en la Maestranza y distanciado por su ciudadanía británica y su psicología de buen Victoriano, de los problemas de una España revolucionaria al borde de la guerra civil. Simple espectador de los agitados sucesos que siguen a la proclamación del Cantón, su neutralidad política y su escepticismo ideológico se verán contrarrestados, sin embargo, por las pasiones que la vinculación de su esposa con la causa revolucionaria hace surgir. El equilibrio de trama argumental y trasfondo social permite que la reconstrucción histórica de las hazañas y esperanzas del Cantón de Cartagena sirva de marco a un relato que conserva siempre su autonomía literaria.

Prólogo a la segunda edición

Al publicarse esta segunda edición, treinta y dos años después de la primera, que salió en 1936, se me ocurren unas palabras preliminares. Las condiciones sociales eran muy diferentes entonces, y algunos críticos han dicho que la novela resultó en cierto modo profética, porque muchos de los sucesos de 1873 se repitieron poco después de su publicación. En todo caso, profetizar mirando hacia atrás y sobre coordenadas tan claras no era difícil (la novela trata del final de la primera república española).

Las condiciones básicas eran las mismas, es verdad. El rumbo de la historia fue diferente; y aunque todos nos hemos dolido de la violencia (vencidos y vencedores), nadie ha podido extrañarse demasiado porque lo que sucedió era inevitable y estaba incubándose desde hacía más de un siglo: desde la muerte de Fernando VII. Dejemos, sin embargo, estos recuerdos y hablemos de rosas más ligeras.

El libro se publica exactamente igual que salió en la edición primera. Es decir, sólo hay una diferencia: una letra menos. Esa diferencia es, sin embargo, muy conspicua. La letra suprimida es una hache. La cosa requiere explicación. Cuando escribí la novela yo no sabía una palabra de inglés, y al referirme al himno nacional británico —que tocaba a bordo de un barco la banda de Infantería de Marina— dije que el himno era *God save the king* (Dios salve al rey). Pero lo escribí mal. Puse una hache entre la *s* y la *a*, y así el fonema resultaba *shave*. En su conjunto la frase decía algo muy diferente y sin duda gracioso: *Dios afeite al rey*. La cosa parecía humorística. Cuando hacía la traducción inglesa el dis-

tinguido humanista sir Peter Chalmers Mitchell, profesor de Oxford, que había sido preceptor del rey en su infancia, me escribió diciendo que le había mostrado la página española al rey, quien parece que encontró el error muy divertido. No pocos bienes de la providencia les han sido deseados a los reyes y a los emperadores, pero nunca que Dios los afeite, lo que es una impertinencia inocente, infantil y metafísicamente absurda. *Dios afeite al rey* sería un título bizarrísimo para el himno nacional de una monarquía. Así y todo, o quizá por eso mismo, Eduardo VIII dejó más tarde el trono para casarse con una bella dama americana. En el error mío podía haber un lapsus freudiano de veras trascendente. Porque a quienes afeitó en seco el hado fue a nosotros, pobres republicanos, poco después. Pero a mí me creció la barba otra vez.

Esto es todo, y no es mucho. Una letra menos. El libro se ha publicado fuera de España y ha merecido alguna atención de críticos generosos. En la misma Inglaterra, y a pesar de lo mal que trato a Mr. Witt, los críticos de las revistas más conservadoras hablaron bien de la novela. Sólo los países de madurez cultural y estabilidad política pueden tolerar la sátira, y la mía, a pesar de su dureza, fue asimilada sin chistar. Ciertamente que los ingleses saben burlarse de sí mismos antes y mejor que los forasteros. También entendemos algo de eso nosotros los españoles. Nadie ha sabido burlarse de sí mismo tan cabal ni tan profundamente como España con nuestro Don Quijote. Habría de llover mucho hasta que apareciera en Francia el *Burgués gentilhomme*; en Rusia, Gogol, con sus *Almas muertas*, y en Inglaterra, Dickens, con su *Club Pickwick*. En fin, mi modesta novela pasó la prueba de las ediciones multitudinarias sin fatiga ni dolo. Si la escribiera hoy no cambiaría la estructura ni el mensaje, pero cuidaría más el estilo. La escribí (recuerdo bien) en veintitrés días, espoleado por esos apremios que han conocido y sufrido todos los escritores, especialmente en sus comienzos.

Me halaga la idea de que estas páginas —testimonio de una juventud de la que no tengo por qué arrepentirme— vuelvan a circular en el ámbito de mi noble, querida y cada día menos lejana patria.

R. S.
Los Angeles, California, 1968

LIBRO PRIMERO

MARZO

I

La habitación comenzaba a ensombrecerse en los rincones. No se veía el canapé con sus tres cuadritos encima. Uno representaba la coronación de la reina Victoria; otro, a Cromwell; el tercero, a Carlyle. La reina estaba en el centro. Sobre estos tres cuadritos dominaba un dibujo, hecho por el mismo Mister Witt, de su abuelo Aldous Witt, marino holandés, en el que veía con cierto orgullo los rasgos esforzados del aventurero holandés. Del aventurero. No se atrevía a decir del «pirata», aunque esto era lo que había determinado que el dibujo tuviera aquel preeminente lugar en su cuarto de trabajo. Mister Witt, cuya única aventura a lo largo de cincuenta y tres años consistió en dejar su puesto en la Marina inglesa para ir a ocupar el de ingeniero asesor en la Maestranza de Cartagena —cambiar su comfortable casa

de Adelphi por otra no menos confortable del paseo de la Muralla—, ordenar sus cuadritos con un poco más de desembarazo que lo hubiera hecho en Londres y comprarse dos pares de castañuelas que colgó sobre una manta de monte puesta en la pared; Mister Witt, que no conoció otra aventura que la de su entusiasmo súbito por Milagritos al verla un día en la Puerta de Murcia y desposarla algunos meses más tarde, amaba las aventuras. Le gustaba explicarse sus movimientos de ánimo. Este amor por las aventuras —se decía— no proviene de un espíritu desordenado, sino del «gusto por lo espontáneo». A Mister Witt le cansaba un poco la civilización, como a todo inglés culto. Por eso miraba con melancolía a su abuelo Aldous y por eso también se encontraba muy a gusto en España, en Cartagena, en su casa del paseo de la Muralla, cerca de doña Milagros, mujer bonita y atropellada, cuya educación y cultura no habían pasado de cierto mimetismo instintivo. Quince años llevaban juntos y todavía doña Milagros no había dejado de asombrarle con sus salidas violentas o dulces, de una violencia o una dulzura siempre inesperadas. Mister Witt era un hombre ultracivilizado, pero como se sentía esclavo y preso de la civilización, a veces la odiaba. «No es un sentimiento anárquico —se explicaba a si mismo, sino la sensación de la esterilidad de muchas de las formas morales y sociales que nos dominan». Sin embargo, Mister Witt, en su conducta, se creía un puritano. En su facha exterior había rigidez, sobriedad, una seriedad infinita que a los cartageneros les parecía a veces tristeza.

—¡Qué tío *senizo!* —solían decir tiempos atrás.

Mister Witt volvió a tomar en sus manos *La sociedad Francesa y la sociedad inglesa en el siglo XVIII*, de C. E. Witt, quizá antepasado suyo también —aunque no era cierto le gustaba creerlo—. La había mandado encuadernar, encargando mucho que no pusieran ningún adorno en las cubiertas ni en el lomo. Y he aquí de pronto entre dos nudos de la media caña un pajarito de purpurina. Tampoco se ha-

bían atendido a sus indicaciones en las titulares. Había una pleca con dos arabescos en cada remate. Le disgustó, y al recordar que el encargado de la encuadernación estaba en el vestíbulo, le hizo pasar. Protestó con el aire seco que tenía cuando algo le contrariaba. En aquellos momentos se parecía mucho al dibujo del abuelo Aldous. El encargado de la encuadernación —a Mister Witt, que era un gran cliente, no le llevaba los recados el chico— pasó. Una vez más la seriedad del inglés se quebró contra las risueñas palabras del obrero:

—Buenas, Mister Güí.

Todo el mundo le llamaba «Mister Güí». A veces había recibido cartas con su nombre escrito así. A Mister Witt no le hacía mucha gracia ver su apellido con esa ortografía, que en inglés sonaba de modo intolerable; pero Mister Witt ignoraba que sólo cuando la gente se enteró de que se llamaba de una manera tan graciosa le toleró aquella rígida sequedad con que iba a su oficina por las mañanas. En cuanto pudieron llamarle «Mister Güí» se olvidaron del *senizo*. El obrero, tomando el libro, miró, complacido, el pajarito de purpurina y la pleca:

—¡No le han hecho a usted en su vida unas pastas mejores!

Y añadió, alzando los hombros, contemplando el libro a distancia y ladeando la cabeza:

—*Hase muy curro, el pajarito.*

Por fin, Mister Witt se quedó con el libro, medio risueño, medio grave:

—¡*Muy curro, muy curro!*

Mister Witt solía trabucar las erres. Cuando era doble la pronunciaba sencilla. Y a la inversa. Así llamaba al jefe del Gobierno republicano Salmerrón, poniendo una gran fe en la última sílaba. El nombre del jefe republicano parecía en sus labios el de un terrible pirata. Doña Milagritos Rueda, su mujer, no le corregía ya nunca la pronunciación, aburrída después de tantos años. El inglés discutió con el encuader-

nador. A veces levantaba el gallo, pero no tenía más remedio que bajarlo porque el obrero no tomaba en serio la cuestión.

—Vamos, Mister Güí. No sea *usté* infinitivo.

¿Qué quería decir aquello? ¿Que no fuera melindroso? ¡Y con qué aire lo decía! Con una condescendencia paternal. Siempre le ocurría eso con la gente del pueblo. Lo achacaba a su pronunciación, que le daba quizá cierto aire infantil. A veces le irritaba, pero de pronto advertía que ese sentimiento popular resultaba socialmente cómodo.

Cuando abrió la puerta doña Milagritos, el inglés acababa de decir, encogiéndose de hombros:

—Ha de ser siempre lo que vosotros queráis. ¡Viva la República!

—Sí, *señó*. Pero la federal. La mía.

Doña Milagritos tenía un aire ligero y juvenil, a pesar de sus treinta y cinco años. Su marido le llevaba diecinueve. Dejó una bandeja con naranjas en la mesa y preguntó:

—¿Qué te parece, Mister? Son del huerto de Migalota.

Mister Witt tomó una en las manos, la lanzó al aire y la volvió a coger. La dejó en la bandeja y exclamó:

—¡Oh!

Pero seguía pensando en el libro. Por aquel incidente, Mister Witt hubiera suscitado la guerra de Troya. Si lo rechazaba volverían a hacer lo mismo. Pondrían quizá otras letras, otros nudos, otras plecás. Sería a gusto de otro operario. «Antes que hacerlo como yo quiero —se dijo— preferirían no hacerlo». Y eso que en algunos años había dado a ganar al taller más de tres mil pesetas. «Estos españoles tienen que poner en todo lo que hacen cierta invención. Algo propio, bueno o malo». Doña Milagritos insistía con las naranjas:

—Míralas, qué lustrosas y *ensendías*. Son un obsequio del encuadernador.

El obrero protestaba de que quisieran agradecerle aquello. El inglés le dio las gracias después de partir una y

olerla. «Pero lo que a mi me interesaba era el libro», se decía. Menos naranjas y más atención en el trabajo. Aquellas naranjas seguramente las habían hurtado para regalárselas. Pero podían haber quedado bien con él, sin correr riesgos, con sólo cuidar mejor su encargo.

El encuadernador prometió, al salir, que no volvería a suceder. No es que tuviera nada de que disculparse —advertía—; pero el que paga, manda. Se quedó Mister Witt moviendo la cabeza de arriba abajo y asegurando sus gafas de oro, que armonizaban muy bien con la piel sonrosada y el pelo blanco. Doña Milagritos saboreaba junto al balcón un gajo de la naranja abierta por su marido y contemplaba el puerto.

—Mira, Jorge —dijo, sin volver el rostro—. Ha entrado la fragata *Almansa*.

Mister Witt tampoco miró. La palabra «fragata» le dio una imagen de jarcias negras y velas tendidas al «levante» con temeridad. No había visto barcos tan disparatadamente valientes como los españoles. Esos otros barcos ingleses —el navío que tenía en maqueta rodeado de lacas y mármoles en el centro de una consola— eran más prudentes. En Inglaterra cada marino sentía, al arriar una vela, toda la responsabilidad política y social de aquel hecho. Al izarla, mucho más Doña Milagritos preguntaba:

—¿Tú has visto *llegá* estos días al *Darro*? Yo creo que he *sentío* la sirena, pero no lo veo.

La oía hablar saboreando con deleite algunas palabras. Dos le habían dado, sobre todo, una sensación visual y de sonido. Fragata y Sirena. «Fragata» —insistía— le daba la impresión de lienzos blancos desanudados y tensados por el viento. Fonéticamente la palabra correspondía al fragor de los lienzos agitados. También Milagritos le daba impresiones fuertemente sensuales. Toda ella era jarcia, algas y sal. Cabello de estopa clara, sedoso y abundante. Ojos verdes. Y besos salados, lágrimas saladas —había tenido ella sus tragedias como cada cual— y la piel húmeda de sal no

se sabe si por la brisa marina o por el sudor evaporado entre holandas y batistas en aquellas sombras de estío que poblaban la casa todo el año.

Milagritos había desconcertado a Mister Witt, cuando se conocieron. En Inglaterra era imposible encontrar aquella apariencia tan desenfadada junto a una honestidad tan rigurosa. Mister Witt no pensó al principio en casarse, sino en una «aventura colonial». Era Milagros una muchacha sin otros parientes que una tía llena de achaques y manías y un primo que conspiraba en Madrid y hacia versos. Tenía algunos bienes en Lorca, y a la muerte de la tía heredó unos quince mil duros. Se la consideraba como un buen partido, sobre todo por lo que le suponían a la tía. Milagritos era muy guapa, aunque su belleza no residía en ningún detalle aislado, sino en una fragancia silenciosa y penetrante que se exhalaba de toda ella.

Mister Witt sacó de otro estante un tomo, encuadrado también. La edición inglesa de *Don Quijote*, ilustrada por Hogarth. Amaba mucho a ese dibujante que, cayendo en la caricatura, como todos los que habían ilustrado el libro de Cervantes, ponía en lo grotesco, sin embargo, cierta ternura. Volvió a dejarlo en su sitio. En la larga hilera de libros encuadrados a la valenciana no había dos con el mismo lomo. Esto le irritaba a veces, pero otras le divertía, porque lo que perdía la librería en austeridad lo ganaba en filigrana y gracia. Doña Milagritos, sin volverse a mirar a su marido, le hablaba de vez en cuando, quizá por el gusto de distraerle, de no dejarle en paz. Con sus recuerdos ni con sus amados cachivaches.

—Hoy no viene Antonete. ¿Crees tú que vendrá? Pues no viene.

Antonio Gálvez, Antonete Gálvez. Mister Witt gustaba de llamarle «el señor Gálvez», porque aquello de Antonete le sonaba a nombre de clown, y no conciliaba bien las pasiones cívicas que suscitaba el caudillo federal —diputado, además, de la nación— con esas irreverencias. Ya está di-

cho que Mister Witt tomaba muy en serio la vida. Amaba la firmeza de las categorías de Aristóteles, la seguridad fatalista de Carlyle, el boato de la corte inglesa, la geografía, la arquitectura e incluso la idea de Dios. Lo que admitía con recelo era el mito del Espíritu Santo. Una fuente inmaterial origen de los movimientos de la materia, de la vida, del pensamiento. Eso lo rechazaba. Sin embargo, la idea de Dios le parecía agradable y poética. Aunque lo firme, lo seguro, lo que le apasionaba era la ciencia, dominando a la materia a través no de inspiraciones divinas, sino de experiencias y de cálculos hechos sobre la realidad. Si algún filósofo del día le interesaba era Emerson, aunque el victoriano que había en el fondo de Mister Witt le reprochaba un poco su admiración por un norteamericano.

Estas reflexiones se las hacía al lado de Milagritos en el balcón, cara a un mar encajonado en colinas oscuras. Mister Witt, siempre que se asomaba a su balcón marino, se abstraía un poco. Tres cosas le permitían abstraerse de lo local, del ambiente familiar, de la ciudad levantina: su cuarto de trabajo en casa, su laboratorio en el arsenal y el balcón sobre el puerto, balcón volado que asomaba sobre la comba de piedra oscura de un edificio con los cimientos mucho más altos que el paseo de la Muralla. Diez metros delante de su puerta se alzaba el muro con las almenas y las troneras rotas. Apenas levantaba un metro. Al otro lado chapoteaba el menudo oleaje.

Doña Milagritos lanzaba lejos su mirada, hacia Escomberas. Contaba los barcos e iba diciendo sus nombres con un acento de indolencia infantil.

—El *Vigilante*, la fragata *Vitoria*.

Al decir este segundo nombre se acordó del Club, que lo llevaba también:

—¿Sabes, Mister, que no está bien que vayas allí? —Y luego dijo con un mohín de asco—: ¡Los tolerantes!

Mister Witt fue a preguntar, pero ella lo atropelló:

—Un día le van a *prendé* fuego a esa casa. Y harán bien.

El inglés recordó otra vez el desconcierto que le produjo durante el noviazgo el contraste de la figura de Milagritos, que en reposo alcanzaba los hitos últimos de la dulzura y la serenidad, con su aire bravío, con su hablar desgarrado y callejero. Ya hemos dicho que Mister Witt buscó en Milagros la aventura. Ella se dio cuenta y un día le dijo, entornando los ojos con retintín, el final de una copla:

*que eres mu poquita cosa
pa haser de mí tu quería.*

Fue una salida absolutamente inesperada, que dejó preocupado al Mister durante algunas semanas. Ella se reía viéndolo cada vez más confuso, con aquel rostro sonrosado de niño y su alto esqueleto enlevitado de gris. De un gris que si en Londres hubiera sido oscuro, en Cartagena, con nubes de laca y luz cruda, resultaba demasiado claro. Pero lo que más le sorprendió y lo puso a punto de retroceder fue la proposición que Milagritos le hizo cuando estaba todo dispuesto para la boda. Le propuso que la raptara. El inglés no comprendía. Estando todo el mundo de acuerdo con la boda, no se explicaba la necesidad del rapto. Ella se obstinó tanto, que sólo a duras penas pudo el novio hacerle comprender que aquello sería muy mal visto por sus compañeros y le mermaría la consideración de toda la colonia inglesa, sobre todo del cónsul y del pastor. Accedió, por fin; pero como no concedía importancia a esas consideraciones, Mister Witt pensó que se casaba con una salvaje. Y, sin embargo, muy en lo hondo, esa idea le gustaba. Ahí estaba su secreto erótico, si tenía alguno.

Entraron los dos en la habitación. Un magnífico barómetro detrás del sillón del Mister daba al hogar una solidez social formidable. En un ángulo de la mesa había un libro encuadernado en cartapacio de seda oscura. Doña Milagritos había bordado las letras: «Froilán Carvajal. *Orientales*».

Poesías que no sabía si le gustaban o no a Mister Witt, porque nunca había hablado de ellas en serio. Esto ofendía a su mujer, que estaba muy orgullosa del poeta, su primo. Pero hacía cinco años que Mister Witt no se permitía bromas sobre Froilán Carvajal. Doña Milagritos se lo agradecía y le imponía de vez en cuando nuevos recuerdos del primo poeta. No eran pensamientos ni ramitas de jazmín aplastados entre las hojas de ningún libro.

—¿Sabes tú que tenía razón? —le dijo de pronto contemplando el bergantín en miniatura, con el bauprés de proa afilado, el juego de jarcias completo—. Estos barcos son como los fetos de los niños que no pudieron crecer.

Mister Witt afirmó con la cabeza y puso los ojos en otro objeto que, con el retrato a lápiz del tío Aldous, compartía la preeminencia en el decorado de la habitación: una urna de cristal conteniendo un pañuelo blanco doblado hasta tomar la forma de una venda. Tenía dos manchas oscuras, de sangre. Doña Milagritos se fue, llevándose las naranjas. Desde la puerta le pregunto si al día siguiente tomaría baños de sol, como todos los domingos. Mister Witt dijo que sí.

Pero después llegaron, casi al mismo tiempo, el cónsul inglés y el ayudante mayor de la Comandancia de Marina. Pasaron al despacho de Mister Witt, hablaron precipitadamente uno tras otro y le pidieron luego consejo. Mister Witt les hizo sentarse, sacó unos cigarrillos, miró a los ojos al cónsul y después al ayudante y les rogó que repitieran sus palabras.

Las había oído muy bien, pero quería ganar tiempo para reflexionar. La opinión de Mister Witt era muy estimada entre el elemento técnico y oficial. El ingeniero inglés gozaba ante todos ellos la fama de sabio y además de hombre íntegro, prudente y sagaz. Era quizá la figura más importante en la zona de población comprendida entre el fuerte de la Concepción, que se alzaba detrás de su casa, y los arsenales.

les, donde, por otra parte, se encontraba la fuente de toda la actividad de Cartagena.

Ante esos visitantes no era ya Mister Güí, sino Mister Jorge Witt, correspondiente de la Royal Society of Science, que esperaba poder justificar a los ojos del cónsul y de las autoridades de Marina su propia gravedad e importancia alcanzando un día el collar de miembro de número de dicha Royal Society of Science.